

La posible santidad del Cid

I

Es casi del dominio público la noticia de que Felipe II propuso la canonización del Cid, si bien muy pocos podrían añadir un solo dato a la escueta referencia.

Tomaba la información Fray Francisco de Berganza en un libro del Padre Alfonso Chacón escrito en latín y titulado «El martirio de los doscientos monjes». Allí constaba que Felipe II, admirando la figura heroica y moral de Rodrigo Díaz, decidió promover su proceso de canonización a la vez que el de los doscientos mártires de Cardeña.

Encargó la formación de un memorial previo a su embajador de Roma D. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), hombre de gran erudición, destacado literato y bibliófilo, el cual tomó con gran empeño el encargo por ser él mismo descendiente del Cid. A los documentos que por este motivo poseía unió todos los que se le enviaron del importante archivo de Cardeña.

Pero antes de iniciarse el proceso ocurrió el desastre de Siena (1), por el que cayó la capital en manos de los franceses y D. Diego hubo de abandonar su gobierno de Toscana y su embajada en Roma, retirándose a España.

A propósito de ello escribía, con su natural gracejo, el amenísimo historiador burgalés D. Anselmo Salvá, que el expediente «andaba y más andaba de un lado para otro, hasta que de tanto andar, por lo visto se perdió, y por esta razón nos quedamos en Castilla sin San Rodrigo».

Se ha lamentado, seguramente con exceso, la desaparición de los

(1) Según mis notas, rápidas por la urgencia del artículo la pérdida de Siena ocurrió en 1552 siendo Gobernador de Toscana Don Diego Hurtado de Mendoza y reinando Carlos I quien reconquistó la capital y el territorio tres años después. Pasó a Felipe II el cual la vendió posteriormente a Cosme I de Médicis. Sería entonces cuando se retiraría a España Hurtado de Mendoza, pero la pérdida de los documentos no debió ser con ocasión de ningún desastre. El lector erudito sabrá concluir lo que aquí queda sin averiguar.

documentos inéditos de aquel memorial dando por probable que entre ellos estuviese el Poema de Mio Cid original o una primera copia cardenana de la que Per Abat tomaría la de Vivar, pero los documentos no debían ser de tanta trascendencia, existían ya crónicas particulares, cartularios y becerros que los incluirían, y a juzgar por las citas, se limitaban más bien a recoger aspectos piadosos que luego analizamos.

OPINION DE SANTIDAD. — No era una lucubración beata y absurda la de Felipe II. El confusionismo sobre la verdadera historia del Cid, que injustificadamente llega hasta nuestros días, hacía imposible podar la hojarasca milagrosa que envolvía sus recias virtudes.}]

Desde que el Obispo D. Jerónimo le señaló como enviado, «suscitado por Dios», en el exordio de la donación valediana, o como «venerable» en su donación para ser enterrado en Cardaña, este discreto concepto de hombre virtuoso fué subiendo de tono, al parecer sin nuevos motivos para ello. Según Berganza, el Conde Berenguer tuvo al Campeador por gran siervo de Dios al considerar con qué poca gente le había vencido. Cuando la traslación de restos en 1541, el Abad de Cardaña Fray Lope de Frías entonó el salmo «Los santos le alabaron en su gloria», después que los monjes cantaron el que comienza «Admirable es Dios en sus santos». El mismo Abad al referir los hechos hablaba del «Santo cuerpo». Fray Melchor Prieto decía en su historia: «Tengo por probable que sus huesos son reliquias y que fué santo», y el dominico Fray Juan de Marieta le llamó «Valeroso Campeador y santo Rodrigo Díaz».

Enrique IV le citaba en su privilegio: «El bienaventurado y santo caballero Rodrigo Díaz de Vivar». Los Reyes Católicos aludían al Cid con gran veneración en otro privilegio de Cardaña y lo mismo Carlos I. Y mister Walter Starkie refería recientemente que Cisneros peregrinó a Cardaña al ser nombrado obispo, y allí besó arrodillado los huesos del Cid, lo mismo que hizo el Cardenal Benlloch en 1921.

Tampoco es de extrañar que el Cid y Jimena tuviesen en Cardaña oficio o conmemoración propia en el aniversario de su muerte, porque la Iglesia entonces no consideraba estos puntos con la rigidez que el tiempo ha ido aconsejando después. Ejemplo hay en el caso de Carlomagno, que por las virtudes que le señalaban piadosas y discutibles tradiciones, tiene aún misa propia, privada y local, en ciertos territorios.

II

¿Cuáles son los fundamentos de este concepto de santidad en que indudablemente se apoyaría la pretensión de Felipe II? Por sistematizar

de algún modo el estudio, lo haremos separadamente de las apariciones, fundaciones y milagros atribuidos al Cid, dejando para el final el análisis de sus claras virtudes.

APARICIONES.—Las de tres santos, San Gabriel, San Lázaro y San Pedro, más los avisos que en sueños dan al Cid su padre y su hijo Diego, diez días antes de morir.

El Cantar de Mío Cid, presenta la aparición de San Gabriel:

un sueño priso dulce—tan bien se adurmió
el ángel Gabriel—a él vino en visión.

¡Qué expresión de delicada poesía es ésta del Poema! Ponderado y parco en general, profundo en tantas ocasiones, da en ésta mucho que pensar. Primero llama ángel y no arcángel a San Gabriel, cuando la métrica irregular lo permitía perfectamente. Aparte de ello, parece que ningún seglar se hubiera decidido a imaginar que el arcángel se apareciese a persona alguna después de la embajada con la Virgen. Era mucho atrevimiento para el ortodoxo autor del Cantar. Pudo elegir cualquiera de los otros dos arcángeles conocidos, San Miguel o San Rafael, mejor éste guiador de Tobías, y sin necesidad de ello, quedan muchas legiones de ángeles para, con nombre o sin él, encomendarles la profecía del Cid. ¿No será esto mismo una señal más para pensar que el autor del Cantar fué un religioso, única persona que por su conocimiento teológico pudo utilizar la figura sin irreverencia y pisando terreno firme?

La aparición de San Lázaro y San Pedro corresponden a los romances tardíos—del siglo XIII en adelante—y aún la de Santiago que presentan después de la muerte de Rodrigo. Pero éstas apariciones no son en sueños, ni tienen la espiritualidad de la de San Gabriel, a pesar de que el idioma y la poesía estaban ya más hechos.

El Romancero lleva pareada con cada aparición una obra piadosa. La de San Pedro, es consecuencia de las invocaciones, visitas y donaciones del Cid al santo de Cardeña. La de San Lázaro es antecedente y motivo para explicar la leprosería y parroquia que según la leyenda fundó el Cid en su casa de Palencia—debían corresponder a herencia del Conde Lozano—y tal vez el manicomio más antiguo, en Paredes de Nava, donde se conserva una piedra como recuerdo—indudablemente legendario—al que aludió hace pocos días el doctor Vallejo Nájera.

De las tres apariciones es la de San Lázaro la más arraigada en la literatura cidiana, tal vez por esa gran fuerza poética que impresionó a

Barbey y Rubén Dario, y en las tradiciones, por la coincidencia con otras de la época (una o dos de ellas ciertas, de las que se copiarían o confundirían las demás) citadas por Berganza detalladamente.

La ayuda de Santiago es en pago de la devota peregrinación del Cid a Compostela, cosa que está comprobada y creo que tampoco la rechaza en absoluto Menéndez Pidal pero pudo tener lugar en el viaje, casi de bodas, que Rodrigo y Jimena hicieron a Oviedo acompañando a Alfonso VI, para asistir a la apertura del Arca Santa. El aviso en sueños del Padre y el hijo del Cid resulta excesivamente fabuloso y hasta un tanto tenorioesco.

FUNDACIONES.—Hemos señalado ya la tradición de la leprosería, parroquia y manicomio palentinos. Se dice que en el Hospital de Leprosos estableció el Cid una Cofradía que los atendiese, la cual fué renovada por Don Alonso Martínez de Olivera, descendiente del Campeador por parte de su hijo Diego, según constaba en el testamento de dicho caballero y en un privilegio de Fernando IV en 1296.

Otra piadosa fundación, que también recoge el Padre Berganza y es más dudosa que las anteriores, presenta a Rodrigo en el sitio de Toledo (?) como Capitan General de Alfonso VI (?) y dice que viendo el Campeador que en el cerco morían muchos y asistían muy pocos a las exequias y a darles sepultura, instituyó la Cofradía de la Caridad, en la que los caballeros cofrades asistían y enterraban a los muertos y tenían por insignia una cruz rústica formada de dos ramas desgajadas de un tronco verde, por lo cual la cofradía se llama después de la Cruz Verde y de la Vera Cruz y existía aún en tiempo del cronista (1719), quien añade que según el Conde de Mora, en el mes de Junio se hacía un aniversario por el Cid en la parroquia de San Nicolás de Toledo, donde debió estar establecida la piadosa asociación.

MILAGROS.—El Padre Berganza, en la ingenua credulidad a que le inducía su pasión por todo lo referente al Cid y Cardeña, registra varios hechos de carácter portentoso. El primero lo cuenta como «Victoria milagrosa conseguida en Valencia contra Búcar» y es una ampliación del famoso romance de la batalla después de muerto. En él incluye la leyenda de la invencible Mora Negra, llamada Megenia Negra («Estrella de los arqueros de Valencia») que era una maravilla manejando el arco turquí y que fué derrotada en el ataque de Alvar Fáñez, a costa de muchas bajas. Decide la batalla la aparición de Santiago con 70.000 caballeros resplandecientes, que hacen huir aterrados a Búcar, sus 36 reyes y su numerosísimo ejército. Sitúa la acción en el 11 de Junio de 1099, día de San Bernabé, «un mes antes de que los cristianos ganasen Jerusalén milagrosamente».

También en las «Antigüedades de España», se relata con toda seriedad otro milagro, impugnado a los contradictores. Es el famoso juicio que se acerca a mesar las barbas del Campeador, cuando llevaba siete años embalsamado y sentado en un escaño en la iglesia de Cardeña:

antes que a la barba llegue
el buen Cid había llegado
a la su espada Tizona
y un palmo le había sacado.

y añade que no pudo meter la espada en la vaina ni volver la mano del Cid a coger los cordones del manto como antes, hasta que fué enterrado en 1109, a los diez años de llegar a Cardeña.

El tercer milagro lo narraba con detalle el Padre Yepes. La noche anterior de la batalla de las Navas se oyó por todo León un gran ruido, como del paso de un ejército y dieron fuertes golpes en las puertas del Monasterio de San Isidoro. A las preguntas de dentro respondió una voz que eran del Conde Fernán González y el Cid Ruy Díaz llamando al Rey don Fernando para que asistiese el siguiente día a la batalla.

Por último el Abad Fray Lope de Frías al historiar el traslado de restos en 1541, decía que en aquella época estaban padeciendo gran sequía las comarcas de Burgos, la Bureba y la Rioja, y desde el jueves que se prepararon los andamios comenzó a caer agua muy apacible y duró hasta que fué concluída la función al otro día, atribuyendo la lluvia a los meritos del Santo Caballero Rodrigo Díaz. Este suceso sencillo es el único verosímil y pudo ser debido a la intercesión que se le atribuye lo mismo que a una mera coincidencia.

* * *

Los portentos citados, apariciones, milagros y aún las fundaciones a que éstas movieron, son de gran semejanza con otros de la época que se repiten en los cronistas. La ejemplar muerte del Cid con la prolijidad de circunstancias que Berganza describe—y de la que no hay ninguna constancia histórica—tiene demasiado parecido en sus prevenciones, testamento y devoción, en el arrojarle de la cama llorando cuando llega el Viático, con las de algunos santos, como San Fernando, de cuya biografía pudieron tomarla los interesados en aureolar al Cid por cualquier medio, como si sus virtudes necesitasen de estas pruebas externas.

Por otra parte sería demasiado conceder a Berganza que todos los Reyes y caudillos cristianos tuviesen apariciones y avisos celestiales. Sin ir más lejos, en la crónica de Fernán González, además de su actuación la víspera de las Navas, se narra cómo traga la tierra a Pedro González, montado a caballo, en el prelude de la batalla de Cascajares. Antes de la de Hacinas, anuncia San Pedro al Conde que le asistirá Santiago acompañado de multitud de ángeles. En la batalla aparece en los aires a favor de los moros un horrible dragón que pone espanto en los cristianos y cuya descripción encuentra el mismo autor demasiado semejante al relato del Libro de Esdras. La Historia General añade la intervención de San Millán con ejército celeste y, para que nada falte, se dice en la crónica de Arlanza que días antes de morir Fernán González le confortó su ángel de la guarda, y que en el momento de la muerte se oyó en la estancia una música celestial.

III

Se ha detallado con cierto detenimiento los excesos imaginativos en torno de la espiritualidad del Cid es por patentizar hasta donde llega la desviación legendaria de la figura, en el aspecto religioso como en el militar y humano, que había comenzado en el Poema a los cuarenta años de morir Rodrigo, cuando en la plaza pública aún rodearían al juglar hombres que le conocieron y acompañaron en sus campañas, a quienes no podía menos de extrañar el pasaje de San Gabriel tanto como el de la Afrenta de Corpes. Pero la leyenda surge, y más surgía entonces, entre la misma vida de los protagonistas.

Sin embargo cómo consiguen estas invenciones al objeto contrario del que se proponen. Las fábulas sobre el Cid fueron causas de la negación de su figura por los mismos españoles, y dieron origen a una leyenda negra, del mismo modo que la leyenda negra americana aprovechó como punto de partida el desorbitado clamor de las Casas para corregir ciertos excesos, localizados y personales.

Perjudican al santo los amerengados delirios de la beatería como al héroe los chafariones de tosco patriotismo. La protección de Cielo no se prodiga tanto en forma externa como dice esa constante presencia de seres celestiales en la tierra que hemos examinado. Nadie duda del patrimonio de Santiago a España, pero éste ha sido muchas más veces inspiración feliz a un caudillo, oportuno suceso geográfico o meteorológico, que intervención personal a caballo al modo de Clavijo, caso extraordinario que perdería magnitud al repetirse en todas las batallas.

La canonización no hace otra cosa que refrendar oficialmente la pública opinión de santidad y para evitar hasta el mínimo riesgo de error, se exigen cada vez más rigurosas pruebas. Pero el fallo adverso del proceso no significa negación de santidad, antes bien habrá en el cielo muchos santos ignorados gozando mayor gloria que otros populares, por los méritos de su vida interior, aunque la externa, sencilla y recogida, sin apariciones ni portentos, pasase inadvertida en este mundo. Así imaginamos la posible santidad del Cid, hombre fiel a su difícil vocación militar y política que esmalta de virtudes, hombre de rezo breve y encendido, de fe con obras, de piedad y donaciones, pero sobre todo con un alto concepto religioso del deber, la autoridad y la justicia.

El Cid, curtido hombre de guerra, en buen ejemplo de espiritualidad militar, de sentido del deber profesional, del origen divino de toda autoridad. Invoca la protección de Dios antes de cada encuentro. — En Murviedro: «Nunca pensé entrar en Valencia sin expugnar esta fortaleza con la ayuda de Tu Poder», en Valencia: «Desde el día que a esta villa vine, siempre me pagué de ella, la codicié y rogué a Nuestro Señor Dios me la diese», en Bairén: «Yo os aseguro que nuestro Señor Jesucristo los pondrá en nuestras manos». — Lleva consigo la Cruz de las Batallas, atribuye al Señor todos sus éxitos: — Venzo las batallas como place al Creador», «Me ha hecho Dios tal merced que gané Valencia» y en cada plaza conquistada hace decir la misa de liberación, consagra iglesias, ofrece donaciones y se ocupa de la vida espiritual de los cristianos buscando sacerdotes para ellos.

* * *

Entre hazaña y hazaña «tornaba a sonrisar» con su sonrisa abierta entre la fronda de las ampliar barbas, sin risa desmedida, ni carcajada mordaz, sino con un reflejo de la bondad pacífica y sencilla con que imaginaba a los santos Teresa de Jesús y revelaba en él un varón virtuoso, que si no ha merecido el honor de los altares, tiene sin duda su glorificación entre el conjunto de todos los que gozan la visión beatífica, conmemorados en la fiesta del primer día de noviembre.

JOSÉ M.^a GÁRATE